

HUGO VALERO MUÑOZ

Pajarito



 malbec
EDICIONES

Pajarito

Hugo Valero Muñoz

MALBEC EDICIONES
Editor: Javier Salinas Ramos

© 2018, Hugo Valero Muñoz
Primera edición: Agosto de 2018

Fotografía de la cubierta: Pexels
Diseño de portada y cubierta: Santiago González Prieto
Revisión: Ana Escarabajal

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el me-

dio empleado, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

A mis hijos, Javier y Ana

*Pienso que un sueño así
no volverá nunca más.
Me he pintado las manos
y la cara de azul.
De repente, me he visto
atrapado en el viento,
y he comenzado
a volar en el cielo infinito.
Volar.*

Modugno y Migliacci

Prólogo

Hace más de siete años conocí a Hugo Valero, un profesor de música del Conservatorio de Cartagena, un buen lector que hacía sus primeros guiños a la escritura. Estaba ungido por dos saberes que formaban parte mi vida, la literatura y la música; Hugo era capaz de unir las palabras para crear una historia, de profesión músico, su verbo enjaulado en otros tiempos estaba decidido a tomar una parte de las riendas de su vida.

A lo largo de aquel año entablamos una pequeña amistad, sostenida por voces y cuerdas de violines. Nunca pensé que el destino de ese sutil camino sería prologar su última novela, *Pajarito*.

Silvia tiene solo quince años, es hija única, su madre es una abogada que trabaja en un prestigioso despacho, una ejecutiva que apenas está en casa; el padre, un afamado cirujano que le compra todos los caprichos y Emilia, la vieja tata buena que la entiende y la cuida. Hugo Valero, ha elegido y se ha atrevido a escribir con voz de mujer, la de esta joven que desea ser adulta, que vive inmersa en sus contradicciones y lucha por ser aceptada por sus compañeros del instituto y lograr una identidad.

Hay más personajes importantes dentro de esta novela que el autor nos va presentando unidos a sus tres grandes

capítulos: Pajarito, Alcotán y Cetrería. El subinspector Cuadrado, un policía inteligente, observador y dispuesto a llegar hasta el final, la amiga invisible de Silvia y Ely, ese amigo muy visible y que nos llena de sospechas.

La trama de la novela se sitúa en una pequeña ciudad de la vieja Castilla, Zamora, allí las cigüeñas de San Cipriano no tienen miedo a los fríos del duro invierno y vuelan con los personajes al encuentro del sol de la mañana que ilumina el cimborrio de la catedral, arrancándole reflejos multicolores, creando en ellos un ambiente de recogimiento y misticismo.

La narración está dosificada con maestría. La información al lector se le ofrece poco a poco, para así crear el suspense y la intriga, a veces casi haciéndonos una insinuación y anticipándonos algún acontecimiento para lograr esa incertidumbre a la que el lector se ve abocado sin más remedio. Es una obligación, un imperativo y un inmenso placer, seguir leyendo hasta la última página.

Ana Escarabajal

Nota del Autor

En algunos capítulos de esta novela, pretendo transmitir el flujo del pensamiento con la asociación de ideas que se produce cuando imaginamos algo o hablamos solos. En estos casos he optado por un lenguaje, como vocación de estilo, que no sigue las habituales pautas de puntuación.

Espero que, cumpliendo mi objetivo literario, no dificulte sobremanera la lectura y comprensión de los mismos.

PAJARITO

I

Temblaba. No conseguía dejar su cuerpo quieto por más que lo intentaba. Su madre se dio cuenta enseguida y la abrazó.

Pensó que tenía frío. Eran las siete de la mañana de un enero riguroso y, aunque la calefacción de la casa funcionaba a la perfección, veintidós grados en los termostatos, achacó a las circunstancias la tiritona de su hija. Le frotó la espalda con cariño.

—Has salido caliente de la cama y estás destemplada.

El intento resultó baldío. Aquellos brazos que durante tantos años le habían transmitido una protección indestructible ahora le parecían de cristal. A los dieciséis años ya veía el mundo de otra manera y la sensación de seguridad, de cobijo, que sentía antaño al ser abrazada había desaparecido por completo. Silvia la miró al separarse, esbozando una sonrisa triste con la que intentaba encubrir sus pensamientos. Se sentó a desayunar en la cocina como un pajarillo sobre el columpio de su jaula, frágil y temerosa. Era el protocolo diario, mas en esta ocasión las galletas se negaban a pasar por su garganta, que tenía anudada, obstruida, comprimida como si una garra invisible la sujetara por el cuello. Por fortuna su madre continuaba aseándose ajena a su mirada apagada. Silvia trituró las galletas con las manos antes de echarlas al cubo de la basura. Vació el vaso de le-

che en el fregadero y abrió el grifo para borrar cualquier rastro que quedara del delito de ayuno. Volvió a su silla para continuar con la comedia y, al sentir unos pasos acercándose a la cocina, se levantó y salió rumbo a su habitación, dejándolo todo desordenado.

—Vaya cocina que me has dejado, hija. Podrías haber metido las cosas en el lavavajillas, que lo tenías a un metro. Ni que tuviéramos una de esas cocinas de los americanos en las que puedes jugar al tenis. Desde luego, qué poca colaboración por tu parte. Y mientras tanto yo me paso el día trabajando...

No hubo respuesta, nunca la había, era el ritual de cada día que, especialmente hoy, se esforzaba en repetir para no pensar en los acontecimientos futuros. Puso los libros en la mochila, en la odiosa mochila azul que estaba obligada a llevar. Se sentía desgraciada de no poder elegir ella misma cómo llevar los libros; sin embargo, no se quejaba. No poseía la suficiente confianza en sí misma como para discutir con su madre. Salió caminando por el pasillo intentando no vomitar. La entrada de la asistenta, una mujer rozando la ancianidad que emanaba energía con la mirada, le facilitó el paso de revista ante los ojos de su progenitora; pantalón vaquero sin agujeros, nada de modas raras, cubriendo unas piernas todavía infantiles; zapatillas blancas, sudadera de la Universidad de Sevilla dos tallas más grandes de lo necesario gentileza de su padre, guantes, bufanda, gorro a juego y el plumas sin cerrar. Solo asomaban unos hermosos ojos marrones y unas cuantas pecas a su alrededor. El resto de su cara redonda y la melena castaña quedaban a salvo de las inclemencias meteorológicas.

—Venga. Silvia, alegre esa cara, ni que fueras a un funeral. Cuando te quieras dar cuenta, estamos en Semana Santa y otra vez de vacaciones.

«Claro que voy a un funeral, al mío, y por tu culpa», pensó mientras recibía dos sonoros besos en las mejillas y el olor a colonia le saturaba la pituitaria. Por un instante se planteó negarse a ir al instituto, compartir sus miedos, asirse a aquella mujer rubia de bote como un náufrago a su ta-

bla, pedirle auxilio a esa extraña desgredada y somnolienta que le sonreía deseando perderla de vista para continuar maquillándose. Desechó la idea de inmediato, se sabía de memoria todos los consejos que podía recibir: no te mezcles con la gente maleducada que revienta las clases y si te insultan, no les hagas caso; si se pasan, habla con los profesores, sin que te vean, no te vayan a tomar ojeriza; no te sientes con ellos ni les hables en los recreos, ignóralos, ve con los que son como tú... Había oído esos consejos cientos de veces y era consciente de que no le aportaban nada, porque aquella gente que su madre odiaba tanto no le preocupaba en absoluto. El problema estaba en los denominados «iguales».

—¿No estarás yéndote sin ordenar tu habitación?

«Por supuesto que sí, como cada día», pensó Silvia mientras abandonaba su casa. El contraste térmico que sintió al salir acentuó, todavía más, su nerviosismo. No habría más de dos grados en la calle y la densa humedad que venía del río aumentaba la sensación. No dejaba de tiritar. ¿Y si no fuera a clase? Era una pregunta que se formulaba a menudo. ¿Existiría algún sitio donde desaparecer unas horas? No, era absurdo. ¿Qué podía hacer dando vueltas por la ciudad a las ocho de la mañana? Parece que aquí los únicos que madrugan son los estudiantes. ¿Dónde quedarse? No podía entrar en ningún bar y hacía mucho frío para dar vueltas por un parque. Si al menos El Corte Inglés estuviera abierto; pero no, ni siquiera esas tristes iglesias románicas franqueaban el paso tan temprano, o quizá sí, aunque lo último que le apetecía era oír misa o estar sentada en un banco de madera oliendo a cera entre las gélidas sombras. Y, además, si faltaba, con las malditas PDA's, la falta de asistencia llegaría al instante a los móviles de sus padres y saltarían todas las alarmas.

No tenía otra opción, así que lo mejor sería no pensar en nada, dejarse llevar como los corderos al matadero. Apretó el paso con la esperanza de atravesar los pasillos del centro antes de que se poblaran y sentarse en la primera fila, junto al profesor, sin que el timbre hubiera sonado

todavía. Entró a la ciudad vieja por la Puerta del Obispo soportando el aire que le empujaba por la espalda, imaginando cómo, tiempo atrás, los caballeros habían pisado aquellos adoquines haciendo saltar chispas con los cascos de sus caballos, con fuerza, honor y orgullo, y ahora era ella la que discurría por el mismo camino presa de un temor que la paralizaba. A veces rodeaba la muralla. Aunque esta vez eligió el camino que más le gustaba, sabía que no lo disfrutaría.

Apenas se cruzó con alguien junto a la catedral, y eso aumentaba su miedo, sintió que caminaba por una ciudad fantasma, que aquellas desgastadas piedras la observaban desde lo alto como testigos mudos de su desgracia. Al llegar a la Rúa de los Notarios atisbó movimiento; la gente salía hacia el trabajo recogida sobre sí misma, con los hombros altos, la cabeza baja y la espalda curva intentando no dejar escapar el calor corporal. Una cafetería abierta lanzaba luces rojizas sobre el gris plomizo de la mañana. Caminó lo más rápido que pudo sobre los desgastados adoquines y bajó la Cuesta del Mercadillo a la carrera. No lo consiguió. Cien metros antes de aquel edificio gris que aborrecía con todas sus fuerzas, antes de aquel instituto con nombre del poeta zamorano, vio que a la entrada ya se arremolinaban un buen número de alumnos que charlaban animados. Trazó en su mente el recorrido interior con el fin de no detenerse ni un segundo y pasó entre ellos como si la fueran persiguiendo. Pero el objetivo no estaba cubierto, había que llegar hasta la clase y sentarse, dar la espalda a todos y bloquear los oídos. Atravesó el recibidor pegada a conserjería, con la vista clavada en el suelo moteado, subió las escaleras camino del aula de lengua y, decidida, fue hacia la puerta: estaba cerrada: Las vacaciones; los conserjes no habían abierto las aulas como lo hacían habitualmente, seguro que estaban charlando con los profesores sobre las fiestas. Al ser el primer día, el ritmo natural de las cosas no se había restablecido.

Tenía que tranquilizarse, habían transcurrido casi quince días sin ver a nadie, no existía ninguna razón para pensar

que todo continuaría donde lo dejaron. El espíritu navideño, los buenos deseos, los regalos. Se habrían olvidado de todo con las fiestas, año nuevo, vida nueva, vale. Por si acaso mejor sería pasar desapercibida, lejos de la puerta. Caminaba hacia los grandes ventanales del final del pasillo con la esperanza de que no la vieran y con la intención de ser razonable, sonrojada por la carrera y el calor que emitían los radiadores ¿Por qué tenía tanto miedo? ¿Por qué ese temblor incontrolable y esas ganas de vomitar? No le había pasado nada grave, la insultaban sí, también se reían de ella, era el blanco de todas las bromas empero hasta el momento no habían pasado de ahí. ¿A qué venía ese terror enfermizo que sentía?

El problema, pensaba, era que en su vida de color de rosa nunca había asomado la violencia, ni tan siquiera la verbal. Incluso cuando sus padres se separaron todo fue de una naturalidad desconcertante; le dieron la noticia cuando estaban desayunando los tres juntos: papá, el cirujano más respetado de toda la provincia, se va de casa sin dejar que se le mueva ni un solo músculo de la cara, como si tuviera un escalpelo sujetado con la boca, sonrisas; vivirás con mamá, la mejor abogada de la ciudad, la que buscan los señores con una cartera repleta y una cuenta corriente de seis cifras, abrazos; eso sí, a papá lo podrás ver cuando quieras porque aunque nos separemos nosotros no somos enemigos, explicaciones almibaradas; no te preocupes por nada te queremos mucho los dos y tu vida va a ser, mejor que antes, caricias en el pelo. Fin de la función, como si no pasara nada, como si fuera algo cotidiano, había vivido en una urna y ahora no sabía cómo actuar cuando notaba la crispación en otros, cuando se sentía acosada, cuando tenía que valerse por sí misma, no sabía qué hacer ni qué decir, no estaba preparada para enfrentarse a los que pretendían herirla; quizás no fuera para tanto y todo se debía a su falta de habilidades sociales.

El restallo del timbre que indicaba el comienzo de las clases la arrancó de sus pensamientos y, entonces, se dio cuenta del terrible fallo que había cometido al imaginar su